

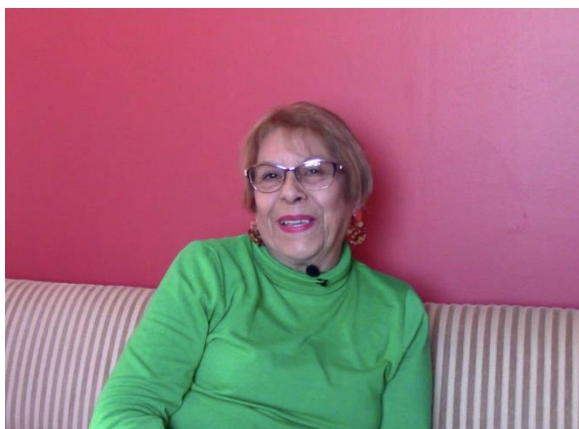
El baúl de María Cristina

María Cristina es un libro abierto. Al igual que el resto del mundo, escribe su historia de vida por las experiencias que disfruta a diario. Sus recuerdos permanecen bajo siete llaves en su gran baúl de los recuerdos, el cual esconde gratos momentos que marcaron su vida en Placilla, lugar que la acoge desde sus 16 primaveras.

Por Kathalina Balboa

Eran las cuatro de la tarde. Una débil brisa rozaba las hojas que vestían los árboles que adornaban el paisaje placillano. El cantar de los pájaros irradiaba un clima de paz en el ambiente. Entre la gran cantidad de casitas que se ubicaban a lo largo de calle Central, la que más destacaba era una vivienda burdeo de dos pisos, que poseía un valor único, pues estaba construida con historia, relatos y recuerdos de María Cristina, porteña de nacimiento y placillana de corazón.

— A veces me cuesta ver a la gente de lejos, a pesar de que uso lentes—, expresó con humor, mientras abría la reja que protegía su hogar. Al entrar a su casa, el clima acogedor no tardó en aparecer. Las paredes estaban empapadas de cuadros con bellos recuerdos familiares que permanecen en la retina de María Cristina.



Los recuerdos de María Cristina se reflejan en su cálida sonrisa. Autoría: CUVIC

Mientras subía los escalones que la llevarían a la cúspide de su memoria, su *outfit* compuesto por un beatle verde y pantalones del mismo tono en oscuro, destacaban entre esas frías y angostas paredes color miel. Luego de ese cansador recorrido, María Cristina se sentó en un sillón blanco y café, tan pulcro como su vestimenta. Miró sus largas uñas diseñadas acorde a su ropa, se arregló su

sedosa cabellera rubia y puso la vista fija en una ventana frente a ella, que la evocó a extensos recuerdos de su juventud placillana.

La vida entre el Plan y Placilla

En sus años mozos, María Cristina corría y jugaba entre las plantitas que crecían en la quinta de sus abuelos maternos. Cada fin de semana, recorría la gran planchada desde el Plan hasta los altos de Placilla para visitar a sus familiares, quienes fueron parte de los primeros habitantes del sector. Lindos recuerdos se escribían en esas grandes hectáreas que fueron testigo de su feliz infancia, acompañada por una innumerable cantidad de abrazos y regalos, pues era la única princesa de la familia.

En 1965, sus planes cambiaron cuando sus padres decidieron vivir en Placilla, debido a la botica que su papá planeó instalar en la zona. Don Jerez optó por la alternativa más favorable: traer a su esposa e hija de 16 años a vivir a una tierra lejana. María dejó atrás parte de sus sueños en el gran centro de Valparaíso para crear otros en la Placilla de antaño.

Uno de sus hitos más importante es conocer a don Rolando Nuñez, su pareja de toda la vida, con quien se escapaba en las tardes después del colegio para caminar por los lugares más icónicos del sector. — Me arrancaba con mi marido de Valparaíso a Placilla, me quedaba un rato y me iba—, comentó con una risa picarona. Luego de varios años disfrutando de una amorosa juventud, el matrimonio los unió en 1973, cuando la joven María Cristina estaba sumergida en sus veinticuatro primaveras.

“No me gusta ver teleseries ni películas, yo prefiero ver 100% partidos”

Varios proyectos se instalaron en la vida matrimonial. El más importante se concretó con la creación del bazar “La Primavera”, negocio familiar que abastecía a toda la población placillana, quienes no tenían los medios para bajar hasta Valparaíso para comprar la mercadería del mes. El local se llenó de recuerdos e hitos, puesto que se convirtió en el primer bazar en la historia de la zona. Por temas de salud, María y Rolando tuvieron que cerrar uno de sus más anhelados proyectos, debido a que les absorbía tiempo y, sobre todo, fuerzas, las cuales fueron ocupadas para intentar vencer a la gran industria de los supermercados que se instalaron en Placilla.

El fútbol golea a las telenovelas

Para María Cristina, las telenovelas quedaron en el pasado, ya que el deporte es su mayor entretenimiento. — No me gusta ver teleseries ni películas, yo prefiero ver 100% partidos—, manifestó con alegría y entusiasmo. Cada tarde, se sienta en su gran sillón a presenciar cualquier canal en donde el fútbol sea el gran tema. No importa si son partidos actuales o antiguos, lo primordial es sentir esa emoción futbolera que corre por las venas.

Las primeras nociones que la engancharon en el planeta fútbol fueron gracias a sus padres. A lo largo de su infancia, María Cristina viajaba a varios lugares para presenciar los partidos de Santiago Wanderers, equipo en el cual su familia era socia. Después de su matrimonio, su efervescencia por Colo Colo creció cada vez más. Los fines de semana se traducen en quedarse viendo los partidos de su gran club. Sin embargo, cuando Santiago Wanderers se enfrenta al cuadro albo, se le divide el corazón en dos y reza para que el encuentro termine en empate.

Una reina porteña

En la flor de su juventud, María Cristina fue una de las candidatas a reina de la primavera en Placilla. Junto al mejor amigo de, en ese entonces, su novio Rolando, planificaron toda una parafernalia para atraer a más votantes con el fin de participar de las elecciones que coronarían a la nueva reina del sector. Como locos vendieron votos, pues la que más vendía era la gran ganadora del certamen.

“No tengo nada que decir contra mi marido, me apoya en todo y nunca peleamos”

Después de un arduo trabajo, el equipo de María ganó la tan preciada corona. Todo era color de rosa hasta que los apoderados de las otras muchachas comenzaron a reclamar. En 1965, la reina de la primavera de Placilla era porteña, no placillana. A pesar de las disputas por su lugar de origen, María Cristina se quedó con la ansiada tiara y el ramo de flores que combinaban con la estación primaveral.

Placilla: un hogar para siempre

Mientras mira la delicada brisa que roza a los árboles de su patio, María Cristina se pone a pensar en una vida fuera de Placilla. —Yo a mi marido de aquí no lo saco—, explicó entre risas, asumiendo que se quedará por siempre en el bello sector de Placilla, donde construyó un hogar que ha sido testigo de sus altos y bajos, momentos en donde su esposo Rolando la acompaña hasta estos días. — No tengo nada que decir contra mi marido, me apoya en todo y nunca peleamos—, expresó con seguridad, mientras se arregla las pulseras de plata que adornan sus brazos.

A pesar de las enfermedades que la han aquejado durante estos últimos años, sus grandes momentos siguen intactos en su pensamiento. Al evocarlos, sus pesares quedan atrás, pues se sumerge en sus sucesos personales que quedan grabados en su retina. Siempre se disfruta cuando se conmemoran esos instantes que marcaron la vida de uno, en este caso, Placilla goza con el baúl de María Cristina.